

—
ES PROPIEDAD
—

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



POR EL ARTE

—

(NOVELA CORTA.)

MIENTRAS residí en la corte desempeñando mi modesto empleo de doce mil en las oficinas de Hacienda, pocas noches recuerdo haber faltado al paraíso del teatro Real. La módica suma de una peseta cincuenta, sin contrapeso de gasto de guantes ni camisa planchada—porque en aquella penumbra discreta y bienhechora no se echan de ver ciertos detalles—me proporcionaba horas tan dulces, que las cuento entre las mejores de mi vida.

Durante el acto, inclinado sobre el antepecho ó sobre el hombro del prójimo, con los ojos entornados, á fuer de *diletante* cabal, me dejaba penetrar por el goce exquisito de la música, cuyas ondas me envolvían en una atmósfera encantada.

Había óperas que eran para mí un continuo transporte: *Hugonotes*, *Africana*, *Puritanos*, *Fausto*, y, cuando fué refinándose mi inteligencia musical, *El Profeta*, *Roberto*, *Don Juan* y *Lohengrin*. Digo que cuando se fué refinando mi inteligencia, porque en los primeros tiempos era yo un porro, que disfrutaba de la música neciamente, á la buena de Dios, ignorando las sutiles é intrincadas razones en virtud de las cuales debía gustarme ó no gustarme la ópera que estaba oyendo. Hasta confieso con rubor que empecé por encontrar sumamente agradables las partituras italianas, que preferí lo que se pega al oído, que fuí admirador de Donizetti, amigo de Bellini, y aun me dejé cazar en las redes de Verdi. Pero no podía durar mucho mi insipiencia; en el paraíso me rodeaba un claustro pleno de doctores que ponían cátedra gratis, pereciéndose por abrir los ojos y enseñar y convencer á todo bicho viviente. Mi rincón favorito y acostumbrado, hacia el extremo de la derecha, era, por casualidad,

el más frecuentado de sabios; la facultad salmantina, digámoslo así, del paraíso. Allí se derramaba ciencia á borbotones y, al calor de las encarnizadas disputas, se desasnaban en seguida los novatos. Detrás de mí solía sentarse Magrujo, revistero de *El Harpa*,—periódico semi-clandestino,—cuyo suspirado y jamás cumplido ideal era una butaca de favor, para darse tono y lucir cierto frac picado de polilla y asaz anticuado de corte. Á este Magrujo competía ilustrarnos acerca de si las *entradas* y *salidas* de los cantantes iban como Dios manda; y desempeñaba su cometido como un jerifalte, por más que una noche le pusieron en visible apuro preguntándole qué cosa era un semitono y en qué consistía el intrín-gulis de cantar *sfogatto*. Á mi izquierda estaba Dóriga, un chico flaco, ayudante de una cátedra de medicina, el cual tenía el raro mérito de no oír nunca á los cantantes, sino á la orquesta, y para eso, de no oírla en conjunto, sino á cada instrumento por su lado, de manera que, al caer

el telón, nos tarareaba pianísimo, con entusiasmo loco, los compases ¡morrocotudos! de los violines antes del aria de tenor, ó las notas ¡de buten! que tiene el corno inglés después del coro de sacerdotes, verbigracia. Un poco más lejos, silencioso y mamando el puño de su bastón, que era una esfera de níquel, veíamos á D. Saturnino Armero, oráculo respetadísimo, ya porque sólo hablaba en contadas ocasiones y para resolver las disputas de mayor cuantía, ya porque era uno de esos maniáticos de arte que tienen la habilidad de meterse por el ojo de una aguja en casa de las eminencias más áridas é inaccesibles, y ahí le tienen Vds. íntimo amigo de Arrieta y de Sarasate, y de Gayarre y de Uetam y de Monasterio, y él sabía antes que nadie el tren por que llegaba la Patti á Madrid, y esperaba á la diva en el andén, y á él le confiaba la Reszké la cartera de viaje para que hiciese el favor de llevársela hasta su domicilio, y él asistía á las conversaciones más privadas, siempre silencioso y mamando el puño del bastón,

pero oyendo con toda su alma, sin pestañear siquiera, adquiriendo conocimientos profundos y erudición peregrina y datos siempre nuevos. Este mortal iniciado podía disfrutar butaca gratis, pues desde el empresario hasta el último tramoyista, todo el mundo era amigo de D. Saturnino Armero; pero iba al paraíso, por no mudarse de camisa después de embaular el garbanzo.

Quien más alborotaba el corro era Gonzalo de la Cerda, teniente de Estado Mayor, con puntas y collares de artista. Este no venía siempre á las altas regiones: muchas noches le veíamos en las butacas luciendo su linda y afeminada figura y su blanquísima pechera, y no dando punto de reposo á los gemelos. Cuando subía á compartir nuestra obscuridad, se armaba un alboroto, una Babel de discusiones, que no nos entendíamos. Porque La Cerda, de puro quintesenciado y sabiondo que era en asuntos de música, nos traía mareados á todos, diciendo cosas muy raras. Aseguraba formal-

mente que el peor modo de entender y apreciar una ópera era oirla cantar. Eso se queda para el profano vulgo: los verdaderos inteligentes no gozan con que les interpreten otros las grandes páginas; han de traducirlas ellos, sin intermediario, en silencio absoluto; leyéndolas con el cerebro y el pensamiento, lo mismo que se lee un libro, el cual no hay duda que se entiende mucho mejor leyéndolo para sí que si nos lo lee otra persona.

—Según eso—le replicábamos,—el verdadero placer de la música ¿lo saborean principalmente los sordos?

Contábanos además La Cerda que él se pasaba horas larguísimas, desde la una hasta las cuatro de la madrugada, acostado, con la luz encendida, la partitura, sinfonía ó sonata sobre el estómago, interpreta que interpretarás, tan absorto que se creía en el quinto cielo.

—Entonces, ¿para qué viene V. aquí?—le gritaba todo el corro unánime.

—Para que no me lo cuenten. Y tampoco se viene siempre al teatro por la fun-

ción,—contestaba sonriendo, mientras las vecinitas (teníamos por allí dos ó tres de recibo) hacían que se ruborizaban, dándose aire muy aprisa con el abanico japonés.

Aún chillábamos y aturdíamos más á la Cerda por su inexorable estilo de maltratar á nuestras óperas preferidas. *Aida* le parecía una rapsodia, una cosa que *no le había resultado* á Verdi; *Rigoletto*, un mal melodrama; *Sonámbula*, arropo manchego; *Fausto*, una zarzuela. Esto fué lo que acabó de sulfurarnos. ¡Una zarzuela *Fausto*, el *Fausto* de Gounod! ¡La ópera que siempre llenaba el paraíso; la que sabíamos todos de memoria y tarareábamos enterita, desde la sinfonía hasta la apoteosis final! Y nada, él firme en que era una zarzuela—una mala zarzuela—(añadía con descaro), falta de inspiración, de seriedad y de frescura. En prueba de este aserto, canturreaba algunos motivos de *Fausto*, que, efectivamente, se encuentran en zarzuelas antiguas; á lo cual replicábamos nosotros entonando motivos también zarzueleros

y hasta callejeros y flamencos, que, sobre poco más ó menos, pueden encontrarse en el *Don Juan*, de Mozart: con lo cual imaginábamos aplastarle, porque el *Don Juan* era para nosotros la autoridad suprema, la ópera indiscutible; lo demás podía ponerse en tela de juicio; pero al nombrar *Don Juan*, boca abajo todo el mundo. Vimos, sin embargo, con indignación profunda que ni ese sagrado respetaba el iconoclasta de La Cerda. Para él, *Don Juan* era una ópera riquísima en temas y asuntos, pero mal trabada y defectuosa en su composición, algo parecido á esos libros gruesos, tesoro de noticias eruditas, y que nadie lee enteros; únicamente se archivan en las bibliotecas como obras de consulta, para hojearlas si llega el caso.

Cuando le preguntábamos á La Cerda si había alguna ópera que él considerase perfecta, digna de proponerse hoy por modelo, solía citarnos las de Wagner, y también otras de compositores franceses como Massenet, Bizet, etc. (que para mí

ni son carne ni pescado). Ello es que entre la feroz intransigencia del iconoclasta, la crítica parcial de Dóriga, las observaciones de Magrujo, y las escasas, pero contundentes advertencias de D. Saturnino, yo iba ilustrando mi criterio, y ya casi me juzgaba doctor en estética musical. En el dichoso rincón llovían maestros. Cada cual tenía su especialidad: el uno se sabía de memoria las óperas, y en el entreacto nos cantaba todo el acto pasado y el futuro; el otro estaba fuerte en argumentos: sabía al dedillo la letra de los recitados, y por él nos enterábamos de lo que decía el coro, y del motivo porque andaba tan furioso el tenor, ó la tiple tan melancólica; el de más allá despuntaba en la crónica de entre bastidores, y nos revelaba secretos psico-físicos, que son clave de muchas ronqueras, de varios catarros y de ciertos gallos intempestivos. Insensiblemente, con los *elementos que cada cual aportaba*, tomando de aquí y de acullá, á todos se nos formaba el gusto, y se nos desarrollaba de un modo porten-

toso el chichón de la filarmonía. Añádase á esto el grato calor de intimidad que en el paraíso une á gentes que, acabada la temporada de ópera, no vuelven á verse en todo el año; el gusto de estar en contacto perpetuo con hermosas cursis, tan amables que, mientras no llegaba, me guardaban el sitio, colocando en él sus abrigo para señal; la sección de chismo-grafia y despellejamiento de las damas de alto coturno que, á vista de pájaro, distinguíamos tan orondas, y á veces tan aburridas, en sus palcos forrados de carmesí, entre un mar de caliente luz y un vago centelleo de pedrerías; el placer de sudar mientras fuera nevaba; otras mil ventajas y atractivos que el paraíso reúne, y diga cualquiera si no había yo de pasarlo bien en mi rinconcito.

Por desgracia, el amigo de un diputado poderoso codició mi puesto en la oficina y en la corte, y como favor especial, se me dió á escoger entre la traslación ó la cesantía. Claro que me agarré á lo primero con dientes y uñas; pero se me partía el

corazón al despedirme de mi paradisíaca banqueta. Pude lograr ir á Marinada de Cantabrial, capital de provincia afamada por su buen clima y su próspero comercio, y donde con mi sueldecillo y mis metódicas aficiones, que ya iban siendo de solterón empedernido é incurable, esperaba llevar una existencia apacible y pálida, sin alegrías ni disgustos de marca mayor, cumpliendo mi obligación y procurando no meterme con nadie; en suma, vegetar, que es mi humilde aspiración de hombre obscuro, resignado á no dejar huella grande ni chica en la memoria de sus semejantes.

Instaléme en una casita de huéspedes de las de poco trapío, aunque céntrica y regida por patrona agasajadora y afable, y arreglé como un cronómetro mis quehaceres y mis horas. Mañana y tarde, á la oficina; un paseo antes de anocheecer, por las Filas y calle Mayor; al café y al Casino de la Amistad un rato, así que se encendía luz, para leer los periódicos y echar un párrafo con los conocidos; y á

las once á casa, donde me esperaba mi camita de hierro, á cada paso más solitaria y melancólica....

Es infalible que al poco tiempo de residir en provincia, todo hombre de bien se siente inclinado al matrimonio y echa de menos los «purísimos goces del hogar». La situación del soltero, considerado *partido*, *proporción*, ó *colocación* para las niñas, se pasa de comprometida y difícil en pueblos semejantes á Marineda. Por todas partes se le tienden lazos, se le asestan flecheras miradas y tiernas sonrisas; los amigos casados,—supongo que con la intención de un Miura,—le asestean á bromas incitándole á entrar en el gremio; las mamás y papás le dedican peligrosas amabilidades, ó, si la niña es rica, le obsequian con inesperados sofiones; pero, sobre todo, el tedio, la insufrible pesadez de la vida angosta le producen eso que ahora llaman sugestión, y le incitan á acurrucarse en un caliente nido familiar, que se supone asilo de la dicha, sin que para esta ilusión, como

para las demás humanas, haya escarmiento posible en cabeza ajena. En mí influía especialmente el aburrimiento de las noches. Porque ni el Casino de la Amistad, con sus mesas de tresillo y su gabinete de lectura, ni otros pequeños centros de reunión que se formaban en cafés, boticas y tiendas, equivalían, desde que empezaron las largas y lluviosas veladas de otoño, á mi querido paraíso.

Faltábanme aquellas graciosas escaramuzas artísticas á que yo estaba acostumbrado. En Marineda se habla eternamente de cuestiones locales mezquinas, que me importaban un bledo, que ya me desesperaba oír comentar, si algunas veces con ingenio y sandunga, por lo regular con machaconería insufrible. La misma murmuración (de la cual yo no reniego, al contrario, pues la cuento entre las cosas más divertidas é instructivas que hay en el mundo) no tiene en provincia aquella ligereza cortesana, que parece que les pone alas á los chistes; en provincia se gruñe quince días por lo que

en Madrid entretiene y provoca chistes dos minutos, y más que latigazo, semeja la censura cruel carrera de baquetas, en que ya ningún corazón generoso puede dejar de interesarse por la víctima y detestar á los verdugos. Como además no soy muy aficionado al juego, faltábame el recurso de fundar una partida de tresillo. Mal humorado, me acostaba á las diez, y conciliaba el sueño leyendo y releiendo *La Correspondencia*, *El Liberal*, los periódicos de la corte, sobre todo cuando hablaban de la temporada lírica y traían alguna crónica de Magrujo, quien desde *El Harpa* había logrado ascender á la prensa de fuste, y sin duda á la suspirada butaca de favor. Pero, gradualmente se me hacía más árida y más triste la soledad de mi alcoba de posada, con sus cortinillas de muselina de dudosa limpieza, el feo lababo de hierro, la desvencijada mesa de noche y la desolación de las ropas colgadas en la percha, que parecían siluetas flácidas de ahorcados.

(Continuará.)



DÍAS TOLEDANOS

A Manuel María de Peralta.

I

Nuestro Toledo.—*La Guía*.—San Juan de los Reyes.—
Barrio judío.

ESCRIBO de Toledo por primera vez, aunque en Toledo estuve varias; y escribo muy temerosa de incurrir en esas hipérboles de admiración que, ya lacias y marchitas, se imponen sin embargo á la pluma, como los sentimientos que las dictan se impusieron al ánimo.

De Toledo, Roma y Jerusalén, ¿qué cosa nueva podrá decirse? ¿Estudiar y reseñar sus monumentos? Para eso hacen falta prolijas investigaciones y volúmenes en folio. ¿Entonar un ditirambo? El ditirambo repetido mustia la flor de la

;